

Las disculpas

Alguien me dijo una vez que había perjudicado el honor de una persona al censurar en un programa de radio un comportamiento cuya falsedad descubrió poco después. Cuando le pregunté por qué no rectificaba, lo que no le resultaba difícil, dado que el programa de radio lo hacía él, me contestó que no podía hacerlo sin mermar su credibilidad. Naturalmente, nunca pidió disculpas, ni siquiera rectificó.

Y digo naturalmente porque pedir disculpas no es un proceder de uso corriente. Nos equivocamos, en el fondo o en las formas o en ambas cosas, pero casi nunca reconocemos nuestro error: el que se equivoca suele ser el otro. Y cuando excepcionalmente reconocemos que nos hemos equivocado, casi nunca pedimos disculpas, porque disculparse se asimila a humillarse, porque disculparse, en fin, es de cobardes. Y la rectificación, primero, y las disculpas, después, no son solamente una demostración de valentía y una exigencia ética, sino algo imprescindible para recomponer el difícil equilibrio que existe entre los seres humanos: no se puede pretender que el otro nos trate como antes si previamente no hemos cercenado de la relación que nos une a él lo negativo que le sobra.

Estamos tan poco acostumbrados a pedir disculpas, que hay poca gente acostumbrada a recibirlas. De hecho, no faltan idiotas que confunden las disculpas con la debilidad o una disculpa por una cuestión de buenas maneras con una claudicación. Tanto a los que no saben recibir una disculpa como a los que no se disculpan nunca, no vale la pena guardarles rencor, basta con apartarlos de nuestro lado, basta con la indiferencia y, donde el agravio impide la indiferencia, con el desprecio.

Juan Bosco Castilla